

DOMINGO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8, 2-3.14b-16a): *Te alimentó con el maná y sacó agua para ti de la roca.*

Salmo (147, 12-15.19-20) «*Glorifica al Señor, Jerusalén*»

2ª lectura (1ª Corintios 10, 16-17): *Siendo muchos, formamos un solo cuerpo.*

Evangelio (Juan 6, 51-58): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

Desde nuestra salida, poco airosa, del jardín inicial en el que comenzamos nuestra estancia en el mundo, no hemos dejado de caminar, con más o menos salero, con más o menos ganas. Tuvimos que aprender pronto que somos polvo, como el que forma las estrellas del firmamento o, más bien, como el que cubre los caminos. Esta dimensión necesita consumir energía material de la que obtener los recursos que nos dan la fuerza física de nuestra condición. Estamos necesitados de “pan”. El signo de nuestra dependencia.



Pero somos, también, otra dimensión inmaterial, espíritu, caminante igualmente, y, lo mismo, necesitada de “alimento” o “energía” para aventurarse por los caminos de la Historia. Somos las dos dimensiones y las dos, caminantes, viajeras, con lo que la vida humana es un sinvivir, una zozobra, porque las dos exigen su parte de empuje y fuerza, de lo contrario se niegan a realizar el camino que, necesariamente, tenemos que hacer. Nos atrapa el cansancio, el desánimo, el desaliento, a veces, incluso el hastío y la desesperanza.

Cuando eso ocurre, cosa frecuente, los que dicen conocer nuestros recovecos interiores, esos rincones oscuros de nuestro espíritu, o esas zonas ocultas de nuestra psicología, nos avisan del peligro. Es muy malo andar por la vida sin recursos y reservas energéticas porque la debilidad física aturde la mente, entumece los músculos y arruina el salero o las ganas de ver el horizonte y tratar de alcanzarlo. Es decir, nos hunde en la miseria que algunos llaman “depresión”, otros “desastre interior” y otros “vacío espiritual”.

El cuerpo, puede conformarse con un poco de pan y agua. No abultan mucho, pero tienen mucha energía. Son como píldoras de vitalidad que devuelven la fuerza para seguir. El espíritu, con su inmaterialidad, es más exigente. Necesita confianza, fe. Si no confía se niega a ir o puede dedicarse a hacer giros, dar vueltas y no avanzar nada. Quiere saber que la meta existe y que la dirección es la que lleva. Necesita esperanza de ese futuro que le aseguran poder llegar. Necesita compañeros de camino que le den afecto, cariño y ayuda, necesidades irrenunciables dada su inseguridad.

Pues eso es el Corpus, la fiesta en que recordamos que el Pan y el Vino que presiden nuestras reuniones son los signos de la Promesa que hemos recibido y que nos hemos comprometido a mantener en la Historia humana, tan difícil, a veces; tan torcida, otras; tan liante, siempre; pero tan nuestra. Porque en ella Dios se hace, en sacramento, comida, energía, esperanza y amor.

Al hablar del misterio de la Eucaristía utilizamos los términos: pan, carne y vida que son conceptos básicos con el que todo ser humano se relaciona. Decir que el Cuerpo de Cristo es el pan de vida para el cristiano, que quiere nutrirse de Él, no es tan fácil de comprender al menos que se acepte con fe lo que este lenguaje figurado afirma. No se trata de un nuevo recurso literario, sino que cada uno de estos términos tiene una historia de significados a lo largo de la experiencia religiosa del pueblo fiel.

El primer significado que se da a este pan lo encontramos en la experiencia del pueblo elegido durante su travesía por el desierto. Sus sentidos no eran suficientes para apreciar la calidad del pan que les llovía del cielo. Ni siquiera pudieron definirlo con precisión y lo llamaron maná (en hebreo “*qué es esto*”), del que se atrevieron a afirmar que era un pan sin cuerpo. Tenía este pan (el antiguo maná) una función claramente viática, ya que acompañaba al pueblo y le sustentaba durante el largo camino por el desierto. No tenía consistencia en sí mismo ese pan, sino que cumplía una función solamente válida y beneficiosa para aquellos que lo recibieron en las limitadas condiciones en que se les ofrecía.

Otro significado histórico del pan eucarístico es el pan ázimo, que se hacía con el grano recién segado a la vez que se ofrecían las nuevas gavillas a la divinidad. Se trataba de un pan nuevo sin la vieja levadura, símbolo del pasado. La fiesta, en su origen agrícola, se añadió a la antigua “*fiesta del cordero*” en la que se sacrificaba un cordero, cuya sangre se esparcía sobre los pastores para liberarlos de todo riesgo durante el camino de retorno a sus hogares. Más tarde ambas fiestas, pastoril y agrícola, sirvieron para la celebración del gran acontecimiento salvífico que recordaba al pueblo elegido su liberación de la opresión y esclavitud en Egipto. El rito de la antigua pascua judía incorpora el pan y la carne con su sangre como elementos básicos para asegurar la vida futura del pueblo. La celebración de la pascua se convierte en un rito de renovación vital para todos aquellos que participan de los beneficios del pan, de la carne y de la sangre del cordero.

Esto hace más comprensible el significado último que adquiere el discurso del evangelista Juan sobre el “*pan de vida*”. Conociendo su estilo y talante literario, que se recrea en los símbolos para hacer presentes las realidades que estos prefiguran, comprendemos que Juan afirme rotundamente que el Cuerpo de Cristo, con su carne y sangre, son la garantía de vida eterna (resurrección) para aquellos que lo comen. Ya no es pan, sino carne y sangre, cuerpo vivo (resucitado) de Cristo lo que da vida al hombre. La Iglesia de Cristo nos brinda la ocasión de aplaudir (aceptar con entusiasmo) esta presencia sacramental del Cuerpo de Cristo al tiempo que recorre las calles de nuestros pueblos y ciudades.